

Azucena y el jardín

Había una vez, en un pequeño jardín, una flor blanca que se llamaba Azucena. Azucena era muy hermosa. Vivía cerca de Laguna Fresca. Laguna le daba agua y eso la ayudaba a ser fuerte y crecer. Laguna Fresca amaba a Azucena. Le alegraba el corazón con solo mirar sus blancos pétalos.

Azucena tenía muchas amistades. Pasto Verde crecía rodeando a Azucena, y la mantenía abrigada y cómoda.

Tierra alimentaba a Azucena con los nutrientes necesarios para que Azucena creciera fuerte y grande entre sus amigos. Suave Brisa besaba la cara de Azucena y la ayudaba a ser flexible y a doblarse en vez de romperse.

Un día, una semilla cayó justo al lado de Azucena. Azucena la miró y pensó: *Es tan solo una semillita. ¿Qué daño podrá hacerme?* Así que guardó la semilla y la dejó crecer.





Pero esa semilla no era feliz. Se quejaba de que Laguna le daba demasiada agua. Le refunfuñaba a Tierra:

—¡Me tapas demasiado!—Se quejaba a Pasto Verde—. ¡Tú me pinchas! ¡Quiero más luz del sol! ¡Ojalá no estuvieras aquí! —Y miró hacia arriba, a Azucena, y dijo—: Yo quiero crecer más alta y más grande que tú, ¡y más hermosa! —Y así siguió quejándose esa mala hierba que empezó a crecer de aquella semillita.

Sus amigos dijeron que cuando Mala Hierba murmuraba y se quejaba, la vida perdía la alegría y se volvía muy difícil. ¿Pero qué podía hacer Azucena? Le pidió a Mala Hierba que se fuera de allí, pero ella quería quedarse.

—Ya sé—pensó Azucena—, voy a esperar hasta que regrese el jardinero. Ya pronto le toca venir. Entonces le pediré a Él que se ocupe de Mala Hierba.

Poco después, vino el jardinero. Le sonrió a Laguna Fresca, que centelleaba con los rayos del sol. Sintió a Pasto Verde bajo sus pies, que cubría a la tibia Tierra, y con ojos amorosos contempló a la hermosa Azucena. Entonces vio a la fea Mala Hierba que ya empezaba a treparse por el tallo de la pobre Azucena.

—Jardinero —dijo Azucena—, ¿puedes quitar a esta horrible mala hierba que comenzó a crecer a mi alrededor? Creí que sería divertido observar y ver en qué se iba a convertir, pero ahora aprendí mi lección.

Jardinero vio que si Mala Hierba continuaba creciendo, iba a ahogar a la pobre Azucena. Así que tomó un pequeño balde y lo llenó de la fresca agua de Laguna, y luego procedió a verterla en la Tierra debajo de Mala Hierba. Entonces arrancó con cuidado a Mala Hierba.

Azucena estaba de lo más feliz de que la quejumbrosa Hierba se hubiera ido. Azucena y sus amigos festejaron y le agradecieron al jardinero por haber quitado a Mala Hierba.

Azucena se prometió a sí misma que la próxima vez tendría más cuidado en ver qué semillas podrían crecer en su hermoso jardín.

Moraleja: Los hábitos —tanto los buenos como los malos— son fáciles de crear. Fíjate bien en qué hábitos dejas crecer en tu jardín.

